

INKAS Y CHICHAS: IDENTIDAD, TRANSFORMACIÓN Y UNA CUESTIÓN FRONTERIZA

Rodolfo A. Raffino, Christian Vitry** y Diego Gobbo****

Resumen

Durante su dominio sobre del altiplano, los valles del sur de la actual Bolivia y extremo boreal de Argentina, los inkas explotaron las riquezas mineras y agrícolas de Porco, Chayanta, Tupiza, Suipacha y Tarija, utilizando como mitmaq y jatumrunas las naciones chichas, carangas y soras. Estas actividades determinaron la construcción de ramales de capacñam en sentido transversal, que conectaron esas regiones con el capacñam principal que corría desde el Cuzco al Kollasuyu y varios pucarás para resguardarlas de las invasiones guaraníes. A pesar de las transformaciones en su estatus y la movilidad espacial que se les impuso, los chichas nunca olvidaron su identidad étnica y territorial. Incluso durante la administración española perdieron su prestigio y territorios en represalia por haber sido «hijos privilegiados del Tawantinsuyu».

Abstract

INKAS AND CHICHAS: IDENTITY, TRANSFORMATION AND A BORDER QUESTION

During their dominion of the plateau and valleys of the south of present-day Bolivia and boreal north of Argentina, the Inka mining and agricultural enterprises of Porco, Chayanta, Tupiza, Suipacha and Tarija operated using as mitmaq and jatunrunas people belonging to the nations of Chichas, Carangas and Soras. These locations and activities determined the routes within this region of the Inka road, capacñam. The road connected these regions with the main route of capacñam that ran from the capital of Cuzco to the Kollasuyu, as well as several pucarás (fortresses) which had been placed to protect against guaraníes invasions. In spite of the transformations in their status and their movement as mitmaq, the Chichas never forgot their ethnic and territorial identity.

Primeramente las cuatro naciones que fueron soldados de los ingas [...] somos Los Charcas y Caracaras y Chuis y Los Chichas, diferenciados en los trajes y hábitos, hemos sido soldados desde el tiempo de los ingas llamados Inga Yupangue y Topa Inga Yupangue y Guaynacava y Guascar Inga y cuando los españoles entraron en esta tierra los hallaron en esta posesión. Y es así que estas dichas cuatro naciones como es público y notorio fuimos hemos sido soldados desde el tiempo de los ingas referidos arriba, reservados de pechos y alcavalas y de todas las demás tasas y servicios personales que se entiende de guarda de ganados y de ser ovejeros y de hacer la mita en la corte de la gran ciudad del Cuzco y de ser canteros, tejedores de la ropa de cumbe y de abasca y de ser chacareros, albañiles y canteros gente que tenía por costumbre trasponer un cerro a otra parte a puras manos y labranzas como se hacía en el tiempo de los ingas por otras generaciones como es público y notorio [...] (Memorial de Charcas [1582] en: Espinoza Soriano 1969: 24).

* Universidad Nacional de La Plata, Departamento Científico de Arqueología del Museo de La Plata.
E-mail: rraffino@fcnym.unlp.edu.ar

** Museo Arqueológico Provincial, Provincia de Salta, Argentina. E-mail: cvitry@ciudad.com.ar

*** Universidad Nacional de La Plata, Departamento Científico de Arqueología del Museo de La Plata.
E-mail: dgobbo@fcnym.unlp.edu.ar

1. Introducción

Según ha sido propuesto, existen fuentes históricas y visibles evidencias arqueológicas que corroboran las acciones de una conquista y dominio pacífico del Tawantinsuyu sobre las naciones que poblaban el altiplano, los valles mesotérmicos del altiplano y los valles del centrosur de la actual Bolivia. Esto significa que, con excepción de los hechos beligerantes que concluyeron, durante el reinado de Wayna Kapac, con el desarraigo de los pueblos del valle de Cochabamba (Wachtel 1980-1981) ambos registros, el etnohistórico (Espinoza Soriano 1969) y el arqueológico (Raffino, Alvis, Olivera y Palma 1986; Raffino, Alvis y Nielsen 1991; Raffino 1993) indican una coexistencia pacífica entre los inkas y las naciones que cohabitan al sur del Titicaca: quillacas, azanaques, carangas, soras, yuras, caracaras, uruquillas y chichas.

De las cuatro naciones a las que alude el *Memorial de Charcas*, el señorío de los chichas es el que atrae la atención de este trabajo. El *Memorial*, firmado por uno de sus líderes más importantes, Fernando Ayaviri, *Mallku* o señor de señores, descendiente del principal Consara, quien fuera capitán general de la confederación charca, es decir, de los chichas potosinos y tarijeños, ha dejado suficientes pruebas arqueológicas que confirman su antiguo estatus social en tiempos del Tawantinsuyu. Los chichas fueron guerreros, maestros canteros, albañiles, tejedores y labradores al servicio del Inka. Estas fuentes indican la participación de jatumrunas y guerreros (sinchis o aucas) pertenecientes a las naciones previamente conquistadas por los inkas en el altiplano meridional de Bolivia y que intervinieron en el poblamiento, explotaciones mineras, agrícolas y, fundamentalmente, fueron guerreros de frontera para contener los avances arawakos o guaraníes —despectivamente llamados chiriguano— que azotaban la frontera oriental sobre los espacios inkaizados (Espinoza Soriano 1969: 6-7).

Por tales méritos como guerreros del Inka, los chichas potosinos fueron honrosamente distinguidos como «orejones de privilegio por sus servicios al Estado» y llegaron a hacer la mita en la «gran corte del Cuzco» (Espinoza Soriano 1969). De igual modo, se reunían junto a las tres naciones altiplánicas restantes en el tambo de Paria para ir a tributar al Cuzco. Paria fue una importante instalación inka levantada al sur del lago Poopó, debajo de las minas de Porco, las que fueron explotadas por los inkas y que nosotros creemos identificar como Uma Porco. Esta es una relevante instalación construida por el Tawantinsuyu que cuenta con cerca de 70 edificios dispuestos con el clásico ordenamiento espacial de los centros administrativos en torno a una *aukaipata*, además de una formidable *kallanka*, un *ushnu*, numerosas collcas y corrales (Raffino 1993: 200).

Más allá de alguna exageración que indica el documento acerca del rol desempeñado por los chichas sobre sus servicios al Estado cuzqueño, el objetivo de este trabajo es presentar un reconocimiento arqueológico realizado en las montañas de los departamentos bolivianos de Potosí y Tarija con el propósito de contrastar esas hipótesis generadas a partir de las fuentes históricas del siglo XVI. Esto significa analizar un caso donde se advierte movilidad étnica, por mandato del Tawantinsuyu, de una nación como la chicha que, no obstante su sumisión al nuevo orden, mantuvo su identidad étnica.

En términos de su cultura material, la arqueología pone en evidencia que, a pesar de las transfiguraciones procreadas por la conquista de los inkas, los chichas continuaron manufacturando su propia alfarería con sus pastas, formas e iconografías, y también se vistieron conservando sus técnicas textiles y su moda, como lo indican las crónicas. Su asimilación al imperio los llevó a participar como obreros y maestros canteros en la construcción del *capacñam*, tampus de apoyo, guarniciones fronterizas, andenes agrícolas, así como en diversas obras de asistencia al *capacñam*, como puentes y alcantarillas. Además, al parecer, durante su participación en esta empresa regional al servicio del Estado, los individuos que por diferentes razones perecían eran inhumados en tumbas con arquitectura y ajuar compuestos por artefactos y recipientes típicos de la nación chicha.

En esas obras de infraestructura se advierte que los chichas volcaron sus conocimientos adquiridos desde tiempos preimperiales sobre la cantería, la que mantuvo gran parte de su estilo arquitectónico original, no obstante sufrir algunas transformaciones al asimilar componentes arquitectónicos de la «tecnología de punta inka» en la construcción de caminos, puentes y demás obras de infraestructura.

2. El paisaje regional y étnico de esta sección del Kollasuyu

Tanto el registro arqueológico como la documentación etnohistórica indican que la nación Chicha fue un importante cacicazgo andino que originalmente poblaba el territorio que nos ocupa: el altiplano meridional de Bolivia, en lo que hoy día son las provincias nor y surchichas del departamento de Potosí, y la sección occidental del departamento de Tarija. Sus sitios residenciales, minas y chacras —Talina, Suipacha, Cotagaita, Ascande y Tupiza— se extendían por una serie de valles entre los 2500 y 3700 metros de altitud por donde transcurría el sinuoso río San Juan Mayo u Oro. Hacia el nacimiento ocuparon también los oasis puneños de Ñoquera y Tajsara, encerrados por la Cordillera Central o de los Chichas y los fértiles valles mesotérmicos de Tarija y Padcaya, situados por debajo de los 2500 metros de altitud.

La presencia chicha se ha comprobado arqueológicamente también en habitats alojados en el extremo boreal montañoso del Noroeste Argentino, específicamente en las nacientes del amplio valle del río San Juan Mayo u Oro, en el altiplano y en las comarcas quebradeñas de Santa Victoria oeste, Iruya y La Quebrada del Toro, en las actuales provincias de Jujuy y Salta. Su clásica cerámica y algunos rasgos arquitectónicos aparecen en importantes instalaciones multicomponentes como Pozuelos y Queta en la puna, Titiconte, Arcayo, Zapallar y Nazareno en Santa Victoria e Iruya, así como en sectores específicos de grandes instalaciones situadas en las quebradas de Humahuaca y del Toro. Dichas instalaciones fueron fundadas en tiempos anteriores al avance cuzqueño y luego remodeladas al caer bajo la órbita imperial, como sucedió con La Huerta y Tilcara; o abandonadas pocos años antes o durante la misma invasión, como fue el caso de Tastil donde se constata solamente al *capacñam* cruzando a la vera del poblado.

Esta presencia fue interpretada como casos de *mitmaq* chichas trasladados al Noroeste Argentino para cumplir sus servicios al Estado en el territorio situado al sur de su territorio original dentro del antiguo Kollasuyu (Raffino, Alvis, Olivera y Palma 1986; Raffino, Alvis y Nielsen 1991; Raffino 1993; Williams y Cremonte 1992-1993). Hacia el sur, esta presencia se ha constatado incluso en sitios que fueron capitales huamanis como El Shincal (Raffino 2004) y Chuquiago (Williams y Cremonte 1992-1993: 9). En cuanto a la ocupación hacia la naciente, su «marca» se diluye por falta de registros arqueológicos alrededor del meridiano 64°, en las últimas estribaciones serranas que descenden al Gran Chaco. Este espacio lindaba con la temible frontera chiriguana, los «bárbaros» arawakos, a quienes los chichas y, posteriormente, los mismísimos inkas no pudieron dominar, por lo que fueron objeto de permanentes invasiones o malocas.

Ese vasto territorio se encuentra en la sección meridional de los Andes Orientales, una inmensa masa montañosa que se levanta hasta casi 6000 metros sobre el nivel del mar, posee un sentido general Norte-Sur y transcurre por los actuales departamentos de La Paz, Cochabamba, Potosí, Oruro, Chuquisaca y Tarija. Regionalmente es conocida como Cordillera Real o Central, la que a lo largo de su transcurso comienza a diversificarse en cordones semiparalelos que se abren hacia el sur como ramajes de un árbol y reciben diferentes topónimos de acuerdo a su situación geográfica y, especialmente, al territorio indígena que cruza. Entre ellos están la Cordillera de los Azanaques, Chocaya, San Vicente, Central, de Los Frailes, de Los Chichas, de López (Muñoz 1980). En su continuidad meridional penetra en el actual territorio saltojujeño argentino, en donde se le conoce como Cordillera o Sierra de Santa Victoria (Fig. 1).

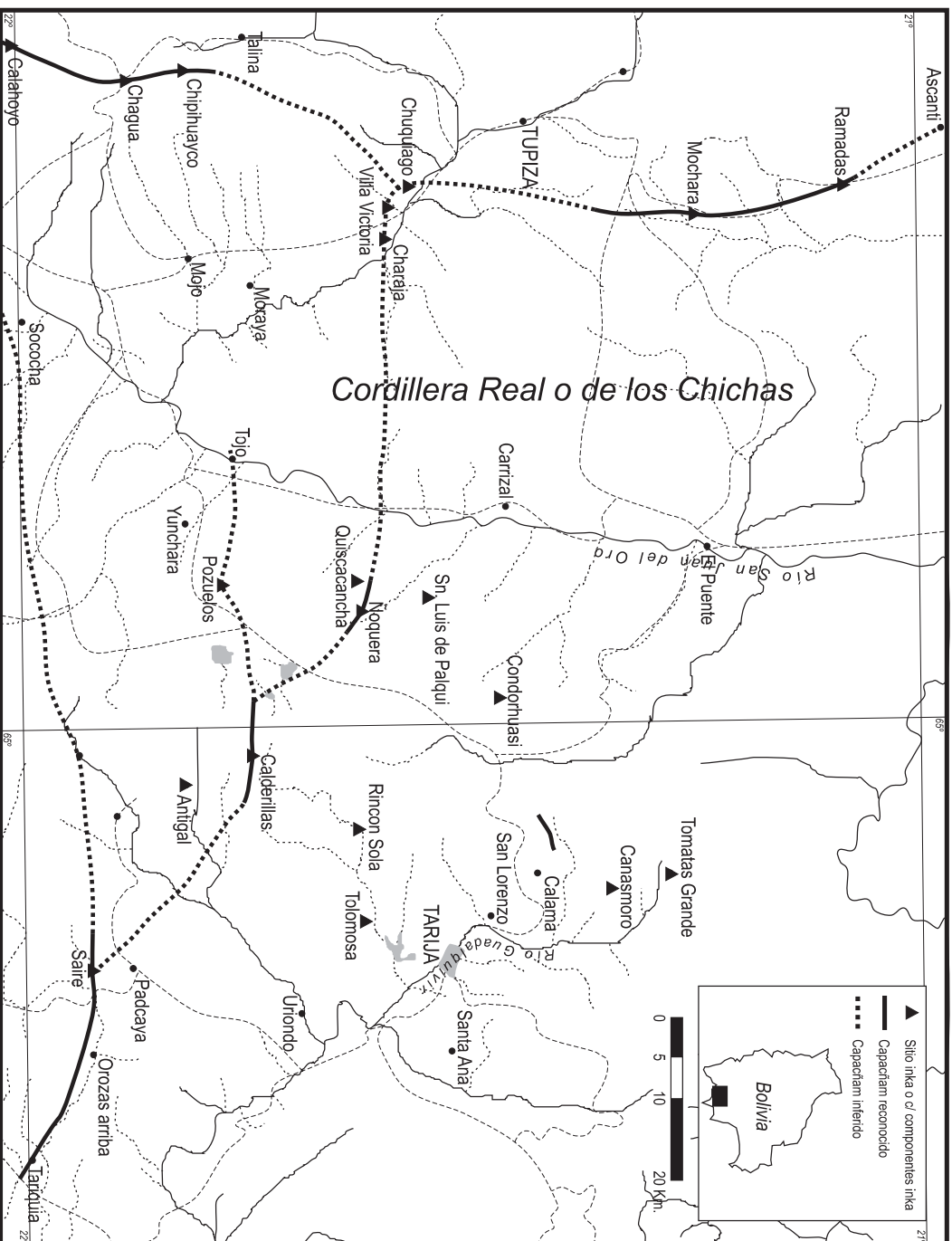


Fig. 1. Mapa de ubicacion de los sitios mencionados en el texto.

Intercalados entre estos cordones serranos se inscriben esa serie de valles intermontanos ya mencionados, de singular fertilidad y de trazado general Norte-Sur. En la geografía boliviana son conocidos como «valles mesotérmicos», están ubicados en altitudes entre los 2000 y 3800 metros sobre el nivel del mar y responden, por su similitud ecológica, a los valles tipo *keshua* de la sierra peruana (Pulgar Vidal 1946). Su imagen física es comparable a la de los valles calchaquíes o a la Quebrada de Humahuaca, en el Noroeste Argentino. Están surcados por ríos de montaña de un caudal regular que se incentiva en épocas estivales y que pertenecen a la cuenca del Plata. Entre ellos se destacan los ríos San Juan Mayo u Oro, Tupiza, Cotagaita, Pilaya, Camacho y Guadalquivir o Grande de Tarija. Estos descienden a la naciente y derivan sus aguas a las cuencas del Bermejo y del Pilcomayo, luego a los ríos Paraguay, Paraná y de La Plata. Otros cauces menores se activan en épocas estivales y sus aguas confluyen sobre los nombrados. Entre ellos se encuentra el río Ñoquera, que corre con ligereza por un estrecho y profundo cañadón a una altura superior a los 3400 metros sobre el nivel del mar, derivando sus aguas al San Juan Oro. Para cruzar este cauce del Ñoquera a fines del siglo XV, chichas e inkas construyeron un magnífico puente de piedra, un *rumichaca* que se conserva intacto hasta el presente.

Es oportuno señalar que los altos parajes altiplánicos de los Andes Orientales reciben una considerable cantidad de bautismos regionales que enriquecen la toponimia —en mayor medida aborígen, en lenguas aymara y kechua—, pero conducen a confusiones para quienes no los han recorrido en el propio terreno. La prueba de ello es que dos de las obras construidas por la asociación inka-chicha —el *rumichaca* o puente de piedra sobre el río Ñoquera, y el *capacñam*, construido por el Tawantinsuyu para conectar la puna de Tajsara con los valles de Tarija y Tupiza— se encuentran enclavadas entre las montañas, sus piedemontes y fondos de valle que los lugareños, e incluso algunos mapas del Instituto Geográfico Militar de Bolivia (hojas SF 20-1 y 20-5, serie H531, escala: 1: 250.000) identifican como sierras de Yunchará, Tajzara o Tarachaca (donde «chaca» significa ‘puente’) y Mochará, las que alcanzan alturas superiores a los 4600 metros sobre el nivel del mar y forman parte de este sistema montañoso. Sin embargo, de manera indudable, el topónimo que mejor les cabe a estas altas regiones es el de Cordillera de los Chichas, porque fue esta nación indígena de tiempos protohistóricos la dueña natural de esas montañas y punas, venas metalíferas, valles, pasturas y sementeras.

Continuando hacia la naciente del altiplano, los valles altoandinos dan paso a otra serie de cuencas de menor altitud y mayor fertilidad muy ricas en instalaciones prehispánicas y modernas, donde las evidencias de ocupación inka-chicha se tornan más abundantes. Se trata de los valles de Camacho, Antigal, Misca, Alisos, Pinos, Tolomosa y Tarija; en ellos se surcan otros cauces hídricos de regular caudal, los ríos Camacho, Alisos, Orosas, Pinos, Tolomosa y el Guadalquivir o Tarija. Más allá, en dirección al levante, el mundo andino da paso a la floresta amazónica y al Gran Chaco de los yungas, con sus impenetrables bosques habitados por «los salvajes chunchos, mojos y chiriguano», las tribus que, por siglos, resultaron indomables para los inkas, chichas y europeos.

3. El registro arqueológico como prueba de identidad y transformación cultural

La invasión imperial sobre el territorio chicha se encuadra dentro de la cronología tradicional propuesta por Rowe (1945) a partir de la crónica de Cabello de Balboa (1951 [1586]). Esto abarca desde los comienzos del reinado de Topa Inka Yupanki en 1471 y se extiende hasta la entrada de Diego de Almagro al Noroeste Argentino y Chile. Almagro llega a Tupiza a fines de 1535, pero no se desvía hacia el Levante, a Tarija, sino que sigue su campaña hacia el sur, penetrando en el Noroeste Argentino hasta los valles de Hualfin y Abaucán, y pasa la Cordillera de los Andes por el puerto cordillerano de Comecaballos hacia Copiapó a mediados de 1536 (Raffino 1995). La entrada española en Tarija sucede cuatro años más tarde, en setiembre de 1539, y la dirigieron Pedro de Candia, «El Griego», y Diego de Rojas, provenientes de Tupiza (Julien *et al.* 1997; Barragán Vargas 2001).

No quedan dudas de que la invasión española hacia el levante se hizo utilizando el *capacñam* que unía Tupiza con Tarija durante el dominio inka regional. Varios factores estratégicos y económicos se advierten como móviles:

- 1) El Estado inka quiso aprovechar la fertilidad de sus valles, aún hoy día vigente, de modo que planeaba utilizar jatumrunas para la construcción de sementeras (terrazas y andenes, con sistemas de regadío) y colcas para almacenar las reservas agrícolas.
- 2) Esta energía se producía para obtener recursos agrícolas con el fin de abastecer las explotaciones mineras de plata y oro que los inkas estaban realizando en la cordillera de Porco y Chayanta, en la Cordillera Central, Chuquiago y otros lugares sobre el afamado río San Juan Oro, donde utilizaban como *mitmaq* a las etnias chichas, carangas y soras a la vez.
- 3) Para potenciar esas actividades fue necesaria la construcción de varios ramales en sentido transversal del *capacñam*, que conectaran los valles de Tarija con las zonas de explotación económica y con el *capacñam* principal que corría desde el Cuzco a Tupiza y el Noroeste Argentino.
- 4) Ese espacio debió ser protegido de la amenaza proveniente «del bajo», de los guaraníes, con lo que fue necesaria la construcción de varias guarniciones o pucarás fronterizos que también debían ser abastecidos. Para esta misión, los chichas fueron socios activos, pues fungieron de guerreros que cubrían la frontera oriental de la amenaza chiriguana (Nordenskiöld 1917; Espinoza Soriano 1969; Saignes 1985a, 1985b, 1986).

Las fuentes históricas son coincidentes en señalar que, a partir del último tercio del siglo XV, los chichas pasaron a desempeñarse en calidad de *mitmaq* al servicio del Tawantinsuyu y participaron en la construcción y ocupación de guarniciones o pucarás fronterizos, de los numerosos tramos de *capacñam* que unían al altiplano potosino con los valles mesotérmicos de Tarija, así como del manejo de las terrazas agrícolas, colcas y tampus. Las obras que mayores recursos humanos ameritaron fueron el *capacñam* principal o «de la Sierra» que transcurre de norte a sur conectando el Cuzco con el Noroeste Argentino y Chile (Raffino 1982; Hyslop 1992), así como los segmentos transversales que atraviesan la cordillera de los Chichas de Poniente a Levante y comunican los valles de Talina, Cotagaita, Tupiza y Suipacha, en Potosí, con los de Tolomosa, Antigal, Camacho, Pinos, Padcaya y Tarija en el sureste de la actual República de Bolivia (Fig. 2). Para apoyar esta empresa fue necesaria la construcción de una serie de establecimientos con arquitectura de superficie, fundamentalmente tamberías, explotaciones agrícolas, colcas y corrales agrupados y, de manera especial, guarniciones defensivas que protegieran el territorio.

Varios de estos sitios fueron reconocidos en anteriores misiones de terreno y han sido publicados (Raffino, Alvis, Olivera y Palma 1986; Raffino, Alvis y Nielsen 1991; Raffino 1993). El estilo arquitectónico de la nación chicha fue anteriormente reconocido en instalaciones multicomponentes inka-chicha que estos últimos ocupaban en lo que fue el epicentro de su territorio. Entre estos sitios están las instalaciones de Chipihuaico y Chagua, en la quebrada de Talina, la primera vinculada con actividades agrícolas y la segunda de arquitectura muy importante que contiene una *aukaipata*, un *ushnu* y varias kallankas inkas. Chagua, además, fue un pueblo de olleros (soñocamayos) donde se desarrollaron intensas actividades de confección de cerámica chicha utilitaria y de productos que tuvieron gran dispersión regional en tiempos inkas.

En el valle alledaño de Suipacha, el Tawantinsuyu construyó el centro administrativo de Chuquiago ('polvo de oro' en keshua), el que presenta varios conjuntos de kanchas, una represa de piedra, acueductos y kallankas construidas con fina cantería chicha y vinculadas con la explotación de venas auríferas (Fig. 3). Un kilómetro al sur se encuentran el tambo de Villa Victoria (D. Angelo,



Fig. 2. Imagen del *capacñam* entre Potosí y Tarija.

comunicación personal) y el pucará de Charaja sobre el río San Juan Oro, por donde transcurre el *capacñam* antes de internarse en la Cordillera Real en dirección al Naciente, hacia Tarija. También se levantaron tambos en La Alameda —hoy día sepultados por el suburbio norte de la población de Tupiza y donde Almagro estuvo un par de meses reaprovisionándose en 1535— y en los parajes puneños de Mochará, Calahoyo y Toroara, estos dos últimos sobre la frontera argentino-boliviana.

En todos estos enclaves es visiblemente reconocida la típica alfarería chicha con cinco variedades (Raffino 1988), las que incluyen los tipos Yavi del Noroeste Argentino (Krapovickas 1977) cuya presencia y distribución espacial es concordante —covariación directa o positiva— con los sitios de registro arquitectónico chicha.

4. El registro arqueológico inka-chicha entre Tupiza y Tarija

Las obras en las que nos detendremos son cuatro, levantadas a corta distancia una de otra en la margen oriental del río San Juan Oro, en las provincias de Avilez y Mendez, dentro del departamento de Tarija. La primera es de franco carácter monumental, un puente de piedra, la segunda es una clásica guarnición inka, la tercera un conjunto de andenes y terrazas agrícolas y la cuarta un cementerio. Todas ellas atesoran claros indicios artefactuales y arquitectónicos que muestran el clásico estilo Chicha entremezclado con componentes arqueológicos inkas, como el *capacñam* y sus tambos de apoyo.

En relación a la primera obra citada, los autores de esta nota nos hemos ocupado en un reciente aporte (2001). Se le conoce en el lenguaje andino como *rumichaca* («rumi» ‘piedra’; «chaca» ‘puente’ [K]) o «[...] *Lumichaca* en lengua de los ingas, y en la nuestra querrá decir puente de piedra [...]» (Cieza de León 1947 [1553]). Le corresponde la segunda categoría asignada para este tipo de obra por el ingeniero peruano Regal (1936). Se sitúa en la posición meridiana 21°37’ latitud



Fig. 3. Planta y perfil de Chuquiago, en el valle de Suipacha.

sur y 65°08' longitud oeste y a 3444 metros sobre el nivel del mar. Se trata de una notable pieza, aún en uso, que expresa la solidez y el megalitismo clásico de la arquitectura andina, los que explican su perdurabilidad ante el paso de más de cinco siglos desde su construcción. Esta se realizó con un doble muro de grandes bloques poliédricos canteados cuidadosamente, y luego ensamblados y fijados con barro y ripio. Los dos extremos del puente se incrustan en los faldeos de los cerros, lo que vuelve innecesaria la construcción de estribos de apoyo. Por lo demás, es inmejorable la verticalidad de sus muros laterales. Gruesos tirantes de madera tendidos horizontalmente se alternan entre los aparejos murarios. Estos fueron deliberadamente colocados para darle elasticidad a la masa pétreo (Figs. 4a, b).

El puente tiene un rumbo general noreste-suroeste, 15 metros de largo y 2,80 metros de ancho en su base; su altura por sobre el nivel del cauce es de 8 metros y el ancho de la calzada es de 2,10 metros. En esta última se alzan relictos de lo que fueron barandales de piedra para proteger el pasaje de los caminantes. La alcantarilla de su fondo es de forma trapezoidal, con una abertura de 1,40 metros de alto, 70 centímetros de ancho en su parte superior y 80 centímetros en la inferior. Un grueso dintel formado por seis bloques corona la alcantarilla, mientras que el otro extremo, el de la calzada, fue terminado con un empedrado de bloques planos de mayor tamaño.

El tiempo transcurrido y la propia utilización del puente hasta la actualidad no ha hecho mella en el estado de conservación de esta obra. Los ingenieros que lo planearon y los albañiles y canteros que lo construyeron conocían muy bien su oficio. La utilización de troncos de madera intercalados entre los bloques pétreos para quitarle rigidez y evitar que la superestructura se quebrara y desmoronara por causas sísmicas —fenómeno típico en la región andina— es una tangible muestra de aplicación de «tecnología de punta» en materia de obras viales. Los muros laterales y la propia alcantarilla se conservan de manera admirable y ocurre lo mismo con los extremos del puente que, aunque tiene un estado de conservación impecable comienzan a vislumbrarse por la natural degradación de los cerros en los que se apoyan. A comienzos de la década de los setenta, en el antiguo territorio del Tawantinsuyu sobrevivían alrededor de 80 puentes, de los que posiblemente el de Ñoquera sea uno de los pocos que se ha conservado casi intacto.

A pocos pasos en dirección sur sobre el faldeo del cerro se observan los restos de un puñado de unidades funerarias construidas en piedra con la misma técnica de pircado usada para el puente, y son idénticas a las que observamos en otros sitios vecinos, como el de Quiscacancha, del que nos referiremos más adelante. Sin duda, la asociación de ambas construcciones es directa y conduce a pensar que en ellas fueron depositados los cuerpos de probables jatunrunas.

El *capacñam* inka es muy visible en las inmediaciones del puente, al que atraviesa. Proviene desde el Poniente, desde Potosí, por Taxisca y sobre el río San Juan Oro, mientras que hacia la Naciente corre en dirección a Tarija por las localidades de Ñoquera, con restos de un gran tambo inka semidestruido pero donde son visibles restos de kanchas y grandes espacios cerrados que podrían haber sido corrales (Fig. 5). Luego transcurre hacia Ramadas, donde se diseminan importantes terrazas y andenes agrícolas de la misma filiación cultural y las altas pampas de Tajsara.

Condorhuasi es un típico pucará inka de frontera descrito brevemente por el geógrafo Schmieder (1924). Está situado en la serranía homónima, bajo las coordenadas meridianas de 21°28' latitud sur y 65°01' longitud oeste y a 4020 metros de altitud. Fue levantado sobre un cerro escarpado distante aproximadamente 20 kilómetros al norte de Ñoquera, pero entre ambos se disponen varios conjuntos de terrazas agrícolas similares en su factura a las de Ñoquera y Ramadas, y que pueblan la zona de San Luis de Palqui. Como todas las instalaciones de su género, el pucará de Condorhuasi combina el factor topográfico con un trazado arquitectónico militar defensivo (Raffino 1988). Posee paramentos dobles de pirca semicanteadas con relleno interior. En su sector levantino



Figs. 4a, b. El puente de Ñoquera.



Fig. 5. Apacheta inka articulada al capacñam entre Potosí y Tarija.

está protegido por una muralla discontinua, habida cuenta que no llega a encerrar todo el espacio residencial. Este último presenta un factor de ocupación del suelo (FOS) muy bajo (aproximadamente 10%), rasgo típico de los trazados defensivos en los que se ha privilegiado la arquitectura militar defensiva por sobre la residencial. Las habitaciones están compuestas por un puñado de kanchas inkas o rectángulos perimetrales compuestos levantados con la misma técnica que las murallas perimetrales. La construcción chicha se advierte por la profunda similitud que ostenta con otros sitios clásicos ya señalados, pertenecientes a esta etnia en la región central de su territorio, la de Talina-Tupiza. Se trata de una arquitectura muy prolija, con aparejos murarios bien acabados de tipo celular —de acuerdo a la clasificación propuesta por Agurto Calvo (1980)— con fachadas con cornisa, aberturas coronadas con dinteles y delgadas jambas, peldaños en voladizo y hornacinas interiores. Los cierres fueron de maderamen de cardón revestidos con ichu.

El pucará de Condorhuasi es uno más de un puñado de guarniciones inkas destinadas a proteger la frontera oriental. La lista es bastante extensa en el Kollasuyu y se distribuyen desde el valle de Cochabamba por el norte hasta la provincia de Catamarca, en Argentina. No obstante, debemos señalar que a pesar de haber sido mencionados por diversos autores, sus descripciones y planimetría son muy lacónicas y esquemáticas. Desde Cochabamba hacia el Noroeste Argentino se cuentan los de Inkarracay, Inkallajta (Nordenskiöld 1915), Pucarilla (Nordenskiöld 1924), Sipe Sipe (Bennett 1936), Samaipata-La Fortaleza (Meyer y Ulbert 1998), Culpina (Metraux 1933), Condorhuasi (Schmieder 1924), Incahuasi de Camargo, Pulquina, Batanes, Incahuasi de Lagunillas, Santa Elena (Nordenskiöld 1915, 1924), Oroncotá (Walter 1959a, b; Raffino 1982) y Cuticutuni (Ahlfeld 1933). Ya en territorio argentino la lista se amplía con Puerta de Zenta, Cerro Amarillo-Pueblito Calilegua y el célebre pucará de Aconquija (Raffino 1982, 1993). Se excluyen de esta nómina los pucará situados en la Quebrada de Humahuaca, los que, si bien atesoran claros rasgos de filiación inka, no revisten la condición de ser guarniciones de frontera sino espacios interiores al territorio inka. Estos pucará arqueológicamente corporizados son verdaderas guarniciones de frontera implantadas a la sombra del meridiano 65 y protegen un espacio ocupado a partir del último tercio del siglo XV por tambos, caminos, campos agrícolas y collcas.

Otros registros arqueológicos que han sido reconocidos en esta sección andina son las tumbas agrupadas en necrópolis halladas en el paraje Quiscacancha (Fig. 6), situado en 65°10' longitud oeste y 21°37' latitud sur, a corta distancia al sur del puente, antigal y andenes de Ñoquera. Se trata de un conjunto de cámaras subterráneas de planta rectangular con techumbre de piedras



Fig. 6. La necrópolis de Quiscacancha.

planas. Sus dimensiones oscilan entre 80 centímetros a 2 metros de largo por 60 centímetros a 1,50 metros de ancho, y hasta 1 metro de altura. Albergaron individuos en posición genuflexa, acompañados de ajuares de cerámica clásicamente chicha, inclusive la variedad «Portillos» de Yavi, clasificada por Krapovickas (1977) y por uno de nosotros (Raffino, Alvis, Olivera y Palma 1986).

Finalmente, al repertorio arquitectónico se suman las apuntadas zonas pedemontanas ocupadas por andenerías conectadas por canales de riego y algunos recintos menores, aparentemente collcas. Carecemos de registros funcionales por excavación pero sus dimensiones, formas y vanos estrechos y elevados nos permiten adscribirlas como tales. Estos relictos se sitúan en Ramadas oscilando en cotas de 3000 metros de altitud. Los sitios con remanentes agrícolas se diseminan por un par de kilómetros en los piedemontes que rodean a Ñoquera, con la que se conectan directamente por el *capacñam*. Se trata de clásicos sistemas agrícolas en pendiente, asistidos con canales de riego y se extienden discontinuamente desde Ñoquera y Ramadas al menos hasta la localidad de San Luis de Palqui bajo las coordenadas 65°9' de longitud oeste y 21°33' de latitud sur.

El repertorio cerámico propio de estos sitios proviene de ajuares funerarios de las tumbas ya descritas y de grandes cantidades de piezas fracturadas que aparecen en superficie. El mismo no deja dudas en cuanto a la amalgama de la tradición de los ceramistas chichas con la incorporación de valores inkas. Las formas predominantes son, todavía, las piezas globulares y jarras locales confeccionadas en pastas duras y en colores rojizos, morados y naranjas (Raffino, Alvis, Olivera y Palma 1986; Raffino, Alvis y Nielsen 1991; Raffino 1993). A ellas se suman los pucos ornitomorfos y los aribaloides inkas realizados con las mismas pastas y colores que las piezas chichas, pero donde aparece la decoración geométrica del estilo cuzqueño. También hay torteros de cerámica de igual factura, directamente vinculados con actividades textiles que, como lo indican las fuentes históricas, constituyeron una actividad realizada por los chichas (Fig. 7).

5. Respuesta arqueológica a un dilema

Otras guarniciones de frontera similares a Condorhuasi situadas en esta región son mencionadas por las crónicas, pero su existencia es incierta o al menos aún no ha sido detectada su correspondencia arqueológica con precisión por falta de trabajos puntuales, o porque sus topónimos se han perdido. Ellas serían las de Tomatas y Canasmoro situadas al norte del valle de Tarija (Arellano 1984), las de Tarcana y Aquilcha: «[...] una fortaleza poblada por cien casas de indios carangas [...]»

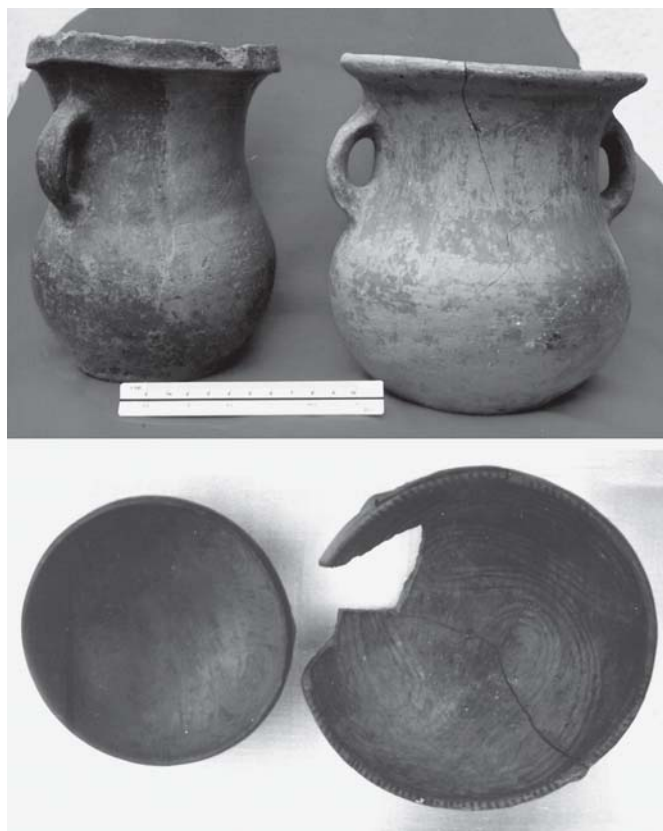


Fig. 7. Alfarería chicha proveniente de Ñoquera y Quiscacancha.

(Saignes 1985a; Julien *et al.* 1997; Presta 2001). Además están un centro de control fronterizo llamado Esquila, «[...] que es en el ualle de Tarixa, que es vna fuerca donde solía la guarnición del ynga contra los chiriguanos [...]» (Julien *et al.* 1997) y Lecoya, en el paraje La Angostura, que surca el río Guadalquivir o Tarija, al sur del Valle Central (Presta 2001).

Mejor fortuna en cuanto a su localización arqueológica le cabe al «fuerte y caserones en Tolomosa», ubicado en el paraje homónimo y donde hoy día son visibles sus restos. Sus materiales arqueológicos fueron descritos en su tiempo por Von Rosen (1957 [1916]) y recientemente han sido mencionados por Delcourt (2001). Un destino similar les cabe a las instalaciones adscribibles al pueblo de Tomatas, cuyo hábitat se ubicó en San Lorenzo, al norte de la actual ciudad de Tarija, donde aún subsisten un conjunto de construcciones con arquitectura en piedra y mampostería, así como alfarería chicha en superficie que pueden, preliminarmente, atribuirse a ese pueblo. En cuando a Aquilcha, «con sus 100 casas», correspondería al actual El Saire para el historiador Barragán Vargas (2001). En esta localidad nosotros hemos registrado un importante tambo inka asociado al *capacñam* y un asiento con arquitectura y alfarería chicha de regular tamaño situado a menos de 1 kilómetro al poniente. Sobre ambos deberán profundizarse los trabajos arqueológicos.

Las fuentes históricas dan cuenta, asimismo, de todo un mosaico de etnias que pueblan el altiplano y los valles mesotérmicos de la sección meridional boliviana entre los actuales valles de Talina, Tupiza, Suipacha, Cotagaita y Tarija. Además de los consabidos chichas, en el firmamento etnográfico aparecen los pueblos de Tomatas, Erquis, Churumatas, Chuis y Carangas, estos últimos, según las fuentes, fueron introducidos como *mitmaq* por los inkas. Para nosotros, la identificación de la etnia chicha desde la visión externa tipificada por el etnocentrismo español que habitó el Cuzco tras la caída del Tawantinsuyu corrió similar destino a lo sucedido con los reinos circuntitacacas: los

collas, pacajes y lupacas, donde los dos últimos perdieron su identificación —no su identidad como etnia— y fueron también, a su tiempo, conocidos genéricamente como «collas». Un panorama similar aconteció con los calchaquíes del Noroeste Argentino, una denominación muy genérica de un complejo que en realidad aglutinaba un mosaico de pueblos que se diferenciaban perfectamente entre sí, pero que terminaron aglutinados bajo ese vocablo por la ligereza en su identificación. De esta manera, collas (collao) o calchaquí eran asignaciones que fueron producto de una simplificación europea que no contribuyó al conocimiento etnográfico de la época. De un modo similar, el término «chicha» corresponde a una denominación genérica con una adscripción territorial, una «provincia, la de los chichas», situada en el sur de Bolivia y extremo boreal del Noroeste Argentino. Fue un mosaico étnico genéricamente identificado, primero por los inkas y luego por los europeos, sin reparar que dentro de esta adscripción territorial existieron segmentos menores, pueblos o parcialidades unidas por lazos de sangre, parentales, políticos, portadores de una similar cultura material y, quizá, lingüística que conocemos de manera genérica como aymara, pero que entre ellos se identificaban muy bien, inclusive por su particular forma de vestir y la forma decorativa de su cerámica.

De esta manera, se reconocen pequeños segmentos poblacionales, pueblos cohabitantes de los valles fértiles de Tarija, como los tomatas, quienes, como hemos señalado, estaban situados en San Lorenzo, al norte de la actual Tarija, donde sobreviven sus topónimos y varias ruinas con arquitectura y alfarería chicha que deberán ser estudiadas en profundidad. No podemos avanzar sobre los erquis, pero sí se sabe sobre los chuis, originarios de los valles cochabambinos desde donde fueron «deportados» por los inkas (Byrne de Caballero 1977; Wachtel 1980-1981). En cuanto a los churumatas, ya hemos compartido oportunamente la opinión de Pastells (testimonio de Ledesma y Valderrama [1644] en Pastells 1915), Salas (1945) y Espinoza Soriano (1986), quienes los asignan como pertenecientes o directamente emparentados con la etnia chicha (Iácona y Raffino 1993) con una territorialidad en el sur del espacio meridional tarijeño y en el extremo boreal del Noroeste Argentino, al naciente de Humahuaca. Esto significa que, salvo los chuis, las parcialidades tomatas y churumatas fueron ramas de un mismo tronco, el chicha, regionalmente segmentado.

La primera entrada española al valle de Tarija ocurrió en 1539. Sus protagonistas fueron 15 soldados de Francisco Pizarro comandados por Pedro de Candia, «El Griego», y Diego de Rojas, acompañados por el escribano Juan de Grájeda. Este último tuvo a su cargo el labrado de varias actas, publicadas recientemente por el historiador Mario Barragán Vargas (2001). Estos documentos cubren un periodo entre mayo de 1539 y marzo de 1540, y contienen datos relacionados con la entrada y ocupación del valle en fechas situadas a pocos años de la caída del imperio inka.

El dominio inka de la región, ocupada previamente por el señorío chicha, es señalado por varios cronistas, entre ellos el franciscano Reginaldo de Lizárraga en su *Descripción del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile*, escrita entre 1595 y 1607, en la que confirma la participación de *mitmaq* inka en la defensa de la frontera: «[...] Quince leguas a la mano izquierda de Talina, declinando más al oriente, entramos al gran valle de Tarija [...] El Inga cuando era señor desta tierra, tenía aquí guarnición de gente de guerra contra estos chiriguanos [...]» (Lizárraga 1999 [1595]: libro I, cap. CVIII). Como ha sucedido con las primeras expediciones españolas a regiones anteriormente conquistadas por el Tawantinsuyu, como las de Diego de Almagro en 1535 al Noroeste Argentino y Chile, la de Pedro de Valdivia a Chile en 1539 y las de Diego de Rojas y Nicolás de Heredia en 1543 hacia los ríos Paraná y del Plata en busca de la salida a España por el Atlántico, no hay duda de que el tránsito de esas se realizaba en gran parte siguiendo el *capacñam* que se conservaba en pleno funcionamiento. El derrotero de Almagro ha sido recompuesto sobre la base de numerosos datos arqueológicos de terreno (Raffino 1995). Esa misma alternativa debió producirse con la expedición de Pedro de Candia y sus hombres. Esto significa que debieron bajar desde Cuzco por el camino inka llamado «de la Sierra», que corría al naciente de la Cordillera de los Andes (Herrera y Tordesillas 1726), pasando por Rajchi, Hatumcolla, Chuquito, Desaguadero, Andamarca, Paria, Uma Porco de Aullagas (Fig. 8) y Tupiza hasta llegar a Chuquiago en el valle de Suipacha (Fig. 3). En este importante

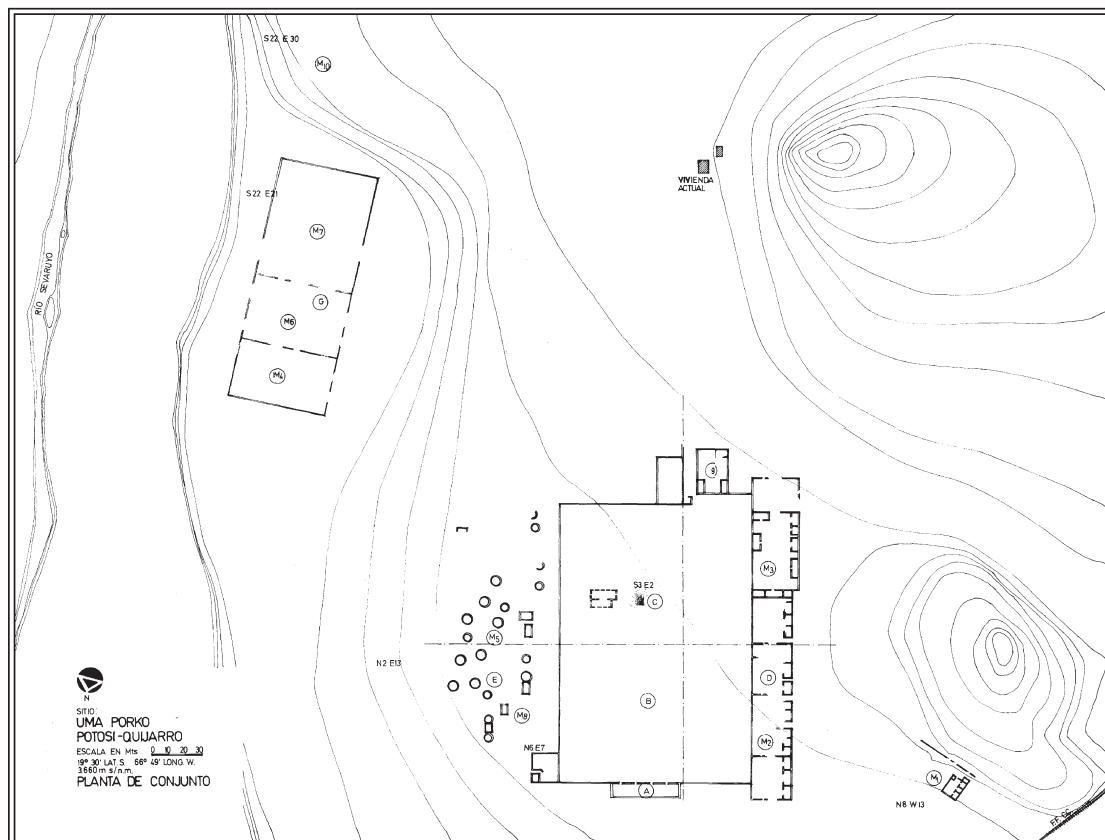
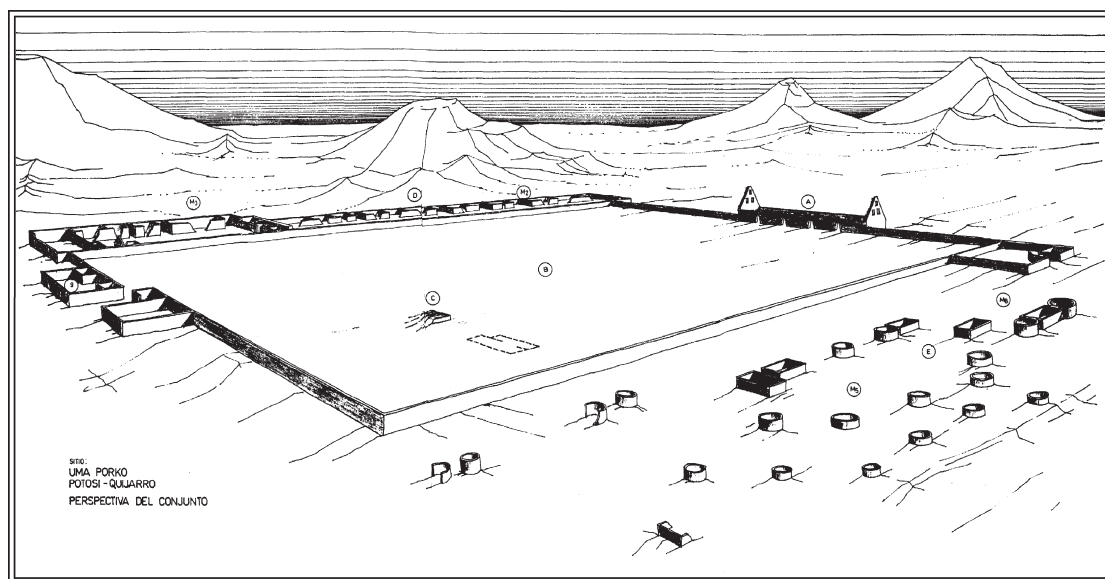


Fig. 8. Planta y perfil de Uma Porco, instalación inka que puede corresponder a la histórica Paria.

centro inka, el *capacñam* se bifurcaba en dos ramales; uno de ellos continuaba directo hacia el sur por la quebrada de Talina, con los establecimientos inkaicos de Chipihuaico y Chagua hasta llegar a Calahoyo, en la actual frontera entre Bolivia y Argentina. Esta sección del *capacñam* y sus tambos de apoyo fueron reconocidos y publicados en un anterior aporte (Raffino 1982, 1993). El restante ramal corre en sentido transversal en dirección a la Cordillera de los Chichas hacia Tarija (Fig. 6).

Todas las incursiones españolas, como las de los inkas años antes, transcurrieron de manera inevitable por los territorios de los chichas. Ese mosaico de pueblos emparentados por sangre, lengua y cultura material, dueños naturales de estos ámbitos, fueron luego identificados, respondiendo genéricamente a una asignación más territorial: los chichas, activos colaboracionistas de las conquistas inkas. Por esos servicios, los chichas fueron distinguidos como «hijos primogénitos y mayorazgo del imperio» en reconocimiento a sus campañas militares en la complicada frontera oriental. Fueron a la vez jatumrunas al servicio del Estado y guardias especiales en los palacios cuzqueños. Sin embargo, a pesar de las lógicas transformaciones en su estatus y la movilidad étnica espacial que se les impuso, los chichas nunca perdieron su identidad cultural como nación, con su territorio en el actual occidente de Potosí y oriente de Tarija. Incluso durante la administración española, a partir de la época toledana, perdieron su prestigio, pasturas, minas, sementeras y territorios en represalia por haber sido «hijos privilegiados del Tawantinsuyu» y haber participado junto a las parcialidades del Noroeste Argentino en las rebeliones indígenas en contra del dominio europeo.

Agradecimientos

Este artículo es posible gracias a la National Geographic Society, que financia las investigaciones de terreno (Grant 7126, otorgada a Rodolfo Raffino). Los autores desean agradecer a Phillipe Delcourt, de Padcaya, a la familia Methfessel, de Tarija, y a Dante Angelo, de Tupiza. La corrección del manuscrito estuvo a cargo de L. Anahí Iácona y Cristina Díez Marín (CONICET, Argentina).

REFERENCIAS

Agurto Calvo, S.

1980 *Cuzco, traza urbana de la ciudad inca*, UNESCO/Instituto Nacional de Cultura, Cuzco.

Ahlfeld, F.

1933 Die incaische Festung Cuticutuni in der bolivianischen Ostkordillere, *Zeitschrift für Ethnologie*, 64, 260-262, Berlin.

Arellano, J.

1984 La cultura Tarija. Aporte al conocimiento de los señoríos regionales del sur boliviano, *Arqueología Boliviana* 1, 73-82, La Paz.

Barragán Vargas, M.

2001 *Historia temprana de Tarija*, Talleres Gráficos Kokito, Tarija.

Bennett, W. C.

1936 Excavations in Bolivia, *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History* 35 (4), New York.

Byrne de Caballero, G.

1977 *Comentario al Repartimiento de tierras por el Inca Huayna Capac, testimonio de un documento de 1566*, Departamento de Arqueología, Museo Arqueológico, Universidad Mayor de San Simón, Cochabamba, Bolivia.

Cabello de Balboa, M.

1951 *Miscelánea antártica: una historia del Perú antiguo* (prólogo, notas e índices del Instituto de Etnología), [1586] Instituto de Etnología, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.

Cieza de León, P.

1947 *Primera parte de la crónica del Perú* (edición de E. de Vedia), Historiadores Primitivos de Indias, tomo II, [1553] Biblioteca de Autores Españoles XXVI, Madrid.

Delcourt, P.

2001 Un inventario arqueológico preliminar en el departamento de Tarija, en: S. Beck, N. Paniagua y D. Preston (eds.), *Historia, ambiente y sociedad en Tarija, Bolivia*, 9-24, Instituto de Ecología, La Paz.

Espinoza Soriano, W.

1969 El memorial de Charcas, 'crónica' inédita de 1582, separata publicada por Ediciones Universidad Nacional de Educación, 1-36, original en *Cantuta* con paginación distinta, Lima.

1986 Los churumatas y los mitmas chichas orejones en los lindes del Collasuyu. Siglos XV-XX, *Revista Histórica* 35, Lima.

Herrera y Tordesillas, A.

1726 *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, Oficina Real de Nicolás Rodríguez Franco, Madrid.

Hyslop, J.

1992 *Qhapaqñan. El sistema vial incaico*, Instituto de Estudios Arqueológicos Andinos/Petróleos del Perú, Lima.

Iácona, A. y R. A. Raffino

1993 De Titicaca a Omaguaca durante el siglo XVI, en: R. A. Raffino (ed.), *Inka. Arqueología, historia y urbanismo del altiplano andino*, 235-298, Corregidor, Buenos Aires.

Julien, C. K., K. Angelis y Z. Bass-Werner de Ruíz

1997 *Historia de Tarija*, tomo VI, Guadalquivir, Tarija.

Krapovickas, P.

1977 *Arqueología del cerro Colorado*, Obra Centenario del Museo de La Plata, tomo II, 123-148, Antropología, La Plata.

Levillier, R.

- 1926 *Nueva crónica de la conquista del Tucumán precedida de un ensayo sobre los tiempos prehispánicos. Primera parte: los tiempos prehispánicos*, tomo I, 1543-1563, Colección de Publicaciones Históricas de la Biblioteca del Congreso Argentino, Madrid.

Lizárraga, R. de

- 1999 *Descripción del Perú, Tucumán, Río de La Plata y Chile*, Union Académique Internationale/Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires.

Mellafé, R.

- 1965 La significación histórica de los puentes en el virreynato peruano del siglo XVI, *Historia y Cultura* 1 (1), 65-113, Lima.

Metraux, A.

- 1933 Contribución a la arqueología boliviana, *Journal de la Société des Américanistes*, Nouveau Serie 25, 279-291, Paris.

Meyer, A. y C. Ulbert

- 1998 Inka Archaeological in Eastern Bolivia: Some Aspects of the Samaipata Project, *Tawantinsuyu* 3, 79-85, Canberra.

Muñoz, J.

- 1980 *Geografía de Bolivia*, Academia Nacional de Ciencias de Bolivia, La Paz.

Nordenskiöld, E.

- 1915 Incallacta, eine befestigte und von Inca Tupac Yupanki angelegte Stadt, *Ymer* 2, 169-185, Stockholm.
- 1917 The Guarani Invasion of the Inca Empire in the Sixteenth Century: An Historical Indian Migration, *Geographical Review* 9, 103-121, New York.
- 1924 *Forschungen und Abenteuer in Südamerika*, Strecker und Schröder, Stuttgart.

Pastells, P.

- 1915 *Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay (Argentina, Paraguay, Uruguay, Perú, Bolivia y Brasil), según los documentos originales del Archivo General de Indias, extractados y anotados por el R. P. P. Pastells*, tomos I y II, Librería General de Victoriano Suárez, Madrid.

Presta, A.

- 1997 *La población de los valles de Tarija, siglo XVI*, vol. I, 163-176, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- 2001 Hermosos, fértiles y abundantes los valles centrales de Tarija y su población en el siglo XVI, en: S. Beck, N. Paniagua y D. Preston (eds.), *Historia, ambiente y sociedad en Tarija, Bolivia*, 25-40, Instituto de Ecología, La Paz.

Pulgar Vidal, J.

- 1946 *Historia y geografía del Perú, las ocho regiones naturales del Perú*, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.

Raffino, R. A.

- 1982 *Los inkas del Kollasuyu*, Ramos Americana, La Plata.
- 1988 *Poblaciones indígenas en Argentina. Urbanismo y proceso social precolombino*, 2.^a ed., Tipográfico Editora Argentina, Buenos Aires.
- 1993 *Inka. Arqueología, historia y urbanismo del altiplano andino*, Corregidor, Buenos Aires.
- 1995 Inka Road Research and Almagro's Route between Argentina and Chile, *Tawantinsuyu* 1, 36-45, Canberra.
- 2004 *El Shincal de Quimivil*, Sarquis, San Fernando del Valle de Catamarca, Catamarca.

Raffino, R. A., C. Methfessel, C. Vitry y J. D. Gobbo

- 2001 Rumichaca: un «puente» inca en la Cordillera de los Chichas (Tarija, Bolivia), *Investigaciones y Ensayos* 51, 61-80, Buenos Aires.

Raffino, R. A., R. Alvis, D. Olivera y J. Palma

- 1986 La instalación inka en la sección andina meridional de Bolivia y extremo boreal de Argentina, *Comechingonia*, año 4, número especial, 63-131, Córdoba.

Raffino, R. A., R. Alvis y A. Nielsen

- 1991 El dominio inka en dos secciones del Kollasuyu: Aullaguas y Vallegrande (altiplano de Bolivia y oriente de Humahuaca), *Comechingonia*, año 9, vol. II, número especial, 97-151, Córdoba.

Regal, A.

- 1936 *Los caminos del Inca*, Sanmartí, Lima.
- 1972 *Los puentes inca en el antiguo Perú*, Gráfica Industrial, Lima.

Rosen, E. von

- 1957 *Un mundo que se va. Exploraciones y aventuras entre las altas cumbres de la Cordillera de los Andes*, [1916] Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán.

Rowe, J. H.

- 1945 Absolute Chronology in the Andean Area, *American Antiquity* 10, 265-284, Salt Lake City.

Saignes, T.

- 1985a *Los Andes orientales: historia de un olvido*, Instituto Francés de Estudios Andinos/Centro de Estudios de la Realidad Económica y Social, Cochabamba.
- 1985b La guerra «salvaje» en los confines de los Andes y del Chaco, *Quinto Centenario* 8, 23-71, Madrid.
- 1986 En busca del poblamiento étnico de los Andes bolivianos, siglos XV y XVI, *Avances de Investigación* 3, 7-45, La Paz.

Salas, A. M.

- 1945 *El antigal de Ciénaga Grande*, publicaciones del Museo Etnográfico, serie A, Buenos Aires.

Sanginés, G.

- 1957 *El camino incaico de Taquesi*, Arqueología Boliviana, Biblioteca Paceña, La Paz.

Schmieder, O.

- 1924 Condorhuasi, eine befestigte Siedlung der Inkas im südlichen Bolivien, *Mitteilungen aus Justus Perthes Geographischer Anstalt* 90, 229-230, Gotha.

Wachtel, N.

- 1980- Les mitimas de la vallée de Cochabamba, la politique de colonisation de Huayna Capac, *Journal de la Société des Americanistes* 67, 297-324, Paris.

Walter, H.

- 1959a Die Ruine Pucará Oroncotá, *Baessler Archiv*, Neue Folge 7 (2), 319-332, Berlin.
- 1959b Lakatambo, eine Inkaruine bei Mizque (Bolivien), *Baessler Archiv* 7 (2), Berlin.

Williams, V. y M. B. Cremonte

- 1992- ¿Mitmaqkuna o circulación de bienes? Indicadores de la producción cerámica como identificadores étnicos.
- 1993 Un caso de estudio en el Noroeste Argentino, *Avances en arqueología* 2, 9-21, Buenos Aires.